

REVISTA STVLTIFERA

DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

VOLUMEN 9, NÚMERO 1,
PRIMER SEMESTRE DEL 2026
ISSN 0719-983X



UNIVERSIDAD AUSTRAL DE CHILE
SEDE PUERTO MONTT



La máquina que solo mata: epistemología del miedo, normalización del exterminio y el ocaso de la palabra

The Machine that only Kills: Epistemology of Fear, Normalization of Extermination and the Decline of the Word

Francisco Tiapa
Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela

Resumen

Este artículo propone leer *La guerra de los mundos* (1898) de H. G. Wells no como mera obra de ciencia ficción, sino como una pieza con estatus epistémico: una alegoría radical del exterminio moderno y de la violencia unilateral sin réplica. Partiendo del reconocimiento explícito que hace el propio Wells del genocidio de los aborígenes tasmanos, el texto explora cómo la novela condensa una matriz de asimetría ontológica en la que un polo queda reducido a pura vulnerabilidad y el otro deviene máquina de muerte sin mediación. A través de una fenomenología de la huida (del “cuerpo que corre” sin refugio posible) el estudio traza una genealogía que va de Tasmania al bombardeo de Guernica, la masacre de Nankín, Hiroshima, Vietnam y las formas contemporáneas de necropolítica: drones, sanciones, fronteras militarizadas, guerra algorítmica. Dialogando con los debates sobre colonialidad del poder (Quijano, 2000), colonialidad del saber (Mignolo, 2012), violencia estructural (Segato, 2003) y necropolítica (Mbembe, 2003), se argumenta que la máquina marciana prefigura un régimen histórico hoy globalizado: un sistema que normaliza la muerte sin duelo, vacía de eficacia la palabra de las víctimas y vuelve impotente la figura del testigo. En este marco, el trabajo defiende la urgencia de un archivo para el mundo que desaparece: una práctica de escritura y memoria que, aun sin detener la máquina, resista su pretensión de borrar por completo la experiencia de quienes huyen y son aniquilados.

Palabras Clave: máquinas de muerte, genocidio colonial, masacres contemporáneas, silenciamiento epistémico

Recibido: 28/11/2025. Aceptado: 29/12/2025



Francisco Tiapa es antropólogo, Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Queensland (Australia) y Profesor Asociado del Departamento de Antropología y Sociología de la Universidad de Los Andes (Mérida, Venezuela).
ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8243-757X>

Contacto: francisco.tiapa@gmail.com

Cómo citar: Tiapa, F. (2026). La máquina que solo mata: epistemología del miedo, normalización del exterminio y el ocaso de la palabra. *Revista stultifera*, 9(1), 25-48.
DOI: 10.4206/rev.stultifera.2026.v9n1-02.

Abstract

This article reads H. G. Wells's *The War of the Worlds* (1898) not as mere science fiction, but as a text with epistemic status: a radical allegory of modern extermination and one-sided violence without reply. Building on Wells's explicit reference to the systematic destruction of the Tasmanian Aboriginal people, the article argues that the novel crystallises a matrix of ontological asymmetry in which one pole is reduced to sheer vulnerability and the other becomes a killing machine that does not negotiate. Through a phenomenology of flight (the "running body" with no possible refuge) the essay traces a genealogy from Tasmania to the bombing of Guernica, the Nanjing Massacre, Hiroshima, Vietnam, and contemporary forms of necropolitics: drones, sanctions, militarised borders, algorithmic warfare. Drawing on debates on the coloniality of power (Quijano, 2000), the coloniality of knowledge (Mignolo, 2012), structural and gendered violence (Segato, 2003), and necropolitics (Mbembe, 2003), it contends that Wells's Martian machine anticipates a historical regime that has now become global: a system that normalises death without mourning, empties victims' words of efficacy, and renders the witness increasingly powerless. Within this framework, the essay calls for an archive of a disappearing world: a practice of writing and memory that, even if it cannot stop the machine, resists its claim to erase entirely the experience of those who flee and are annihilated.

Keywords: killing machines, colonial genocide, contemporary massacres, epistemic silencing

Introducción: epistemología y alegoría de la violencia absoluta

En *La guerra de los mundos* (1898), H.G. Wells no inicia con la ficción, sino con la historia. Reconoce que su invasión marciana fue inspirada por el destino del pueblo aborigen de Tasmania, exterminado sistemáticamente en el siglo XIX por colonos británicos. Para Wells, el exterminio de un pueblo *sin posibilidad de escape, refugio ni negociación* se convierte en la condición axiomática desde la cual imaginar una violencia alienígena absoluta. Los marcianos no son metáforas del progreso tecnológico o del futuro prometido: son máquinas de muerte unilateral, y Wells no los ofrece como un futuro extraterrestre, sino como un espejo de la modernidad imperial.

En uno de los pasajes más citados de la novela, el narrador recuerda que "nuestra propia especie ha perpetrado una destrucción despiadada y

absoluta [...] Los tasmanos, a pesar de su semejanza humana, fueron completamente barridos de la existencia en una guerra de exterminio librada por inmigrantes europeos en el lapso de cincuenta años” [“what ruthless and utter destruction our own species has wrought [...] The Tasmanians, in spite of their human likeness, were entirely swept out of existence in a war of extermination waged by European immigrants, in the space of fifty years”] (Wells, 1898, p. 14). Esa frase, que parece una digresión moral, funciona en realidad como umbral epistémico: fija la escala de la violencia que la narración considera pensable y, al mismo tiempo, desplaza el centro del horror desde Marte hacia la historia imperial europea.

Otorgar a *La guerra de los mundos* un estatus epistémico implica más que leerla como ciencia ficción. Requiere entenderla como un paradigma de asimetría ontológica, donde un sujeto queda reducido a pura vulnerabilidad y el otro se convierte en un aparato de exterminio que no negocia. Wells no narra una historia de conquista, sino de colapso: del humano, del lenguaje, de la razón, del refugio. Da forma a lo impensable, a un mundo donde la violencia no tiene contrapesos, ni apelaciones, ni límites.

Si desplazamos la lectura desde el género literario hacia la teoría social, la novela puede pensarse como una suerte de laboratorio conceptual para lo que hoy llamamos “necropolítica”: un régimen en el que el poder decide quién puede vivir y quién debe morir, gestionando la vida como materia desechable (Mbembe, 2003). En este sentido, la figura marciana (máquina que solo mata) anticipa, de manera involuntariamente profética, el tipo de soberanía letal que se generaliza a lo largo del siglo XX y se refina en el XXI.

Esta lectura también se inscribe en la discusión latinoamericana sobre colonialidad y violencia estructural, particularmente en los aportes de Quijano (2000) sobre la colonialidad del poder y en la crítica a la razón imperial elaborada por autores como Mignolo (2012) y Segato (2003). Quijano subraya que la modernidad se organiza sobre una matriz que racializa la humanidad y distribuye diferencialmente la posibilidad de vivir y morir; Mignolo muestra cómo esa matriz se sostiene en una “colonialidad del saber” que legitima, como conocimiento válido, precisamente las perspectivas que naturalizan la eliminación de pueblos enteros; Segato (2003), por su parte, ha leído la violencia contemporánea como un lenguaje que marca y administra cuerpos y territorios, prefigurando muchas de las escenas que aquí se revisarán. Desde esta perspectiva, tomar a Wells como

lente epistémica implica situar la máquina de muerte moderna dentro de una genealogía global que articula pasado colonial, tecnologías contemporáneas de exterminio y subjetividades descartables.

Esa genealogía tiene un punto de partida muy concreto. En la historiografía reciente, el caso tasmano se ha descrito como un “momento genocida” de la colonización australiana (Madley, 2017; Ryan, 2010). El llamado “Black War” (1820–1830) combinó masacres sistemáticas, deportaciones y dispositivos de captura como la “Black Line” de 1830, cuando una cadena de colonos y soldados barrió la isla para arrinconar y expulsar a los grupos aborígenes sobrevivientes. Henry Reynolds ha leído este proceso como una forma temprana de limpieza étnica que dejó “una mancha indeleble” en la historia australiana (Reynolds, 2001).

Lo que Wells hace es comprimir ese horizonte en una imagen extrema, como una sociedad entera fue “barrida” de la existencia en unas décadas, convertida en cifra, en nota al pie de una historia nacional. La novela invierte la dirección de esa violencia y obliga al lector británico a imaginar, por un instante, qué significa estar del otro lado del cañón.

En esa inversión se abre el eje fenomenológico del estudio. Más que preguntarse por la verosimilitud científica del relato, aquí interesa seguir la experiencia del perseguido: la textura del miedo, el tiempo suspendido de la huida, la pérdida de toda mediación lingüística. *La guerra de los mundos* no solo representa máquinas de destrucción; escenifica lo que implica ser reducido a “vida eliminable”, a existencia prescindible ante una racionalidad que no está obligada a explicar nada.

Por eso, el texto de Wells resulta especialmente fértil para pensar el presente desde una perspectiva global y no únicamente latinoamericana. Las escenas que en la novela aparecen como pesadilla futurista (cuerpos que corren sin refugio, ciudades arrasadas desde el aire, tecnologías que matan a distancia, ausencia total de diálogo) resuenan con los testimonios de Guernica, Nankín, Hiroshima o Gaza, así como con las imágenes de migrantes ahogados en el Mediterráneo o perseguidos en el Darién. No se trata de forzar analogías, sino de reconocer una matriz común de exposición unilateral a la muerte que atraviesa geografías y épocas.

El objetivo de este trabajo es, precisamente, reconstruir esa matriz. A partir de la figura del “cuerpo que corre” en la obra de Wells, se trazará una serie de escenas históricas que muestran cómo la lógica marciana se ha ido

inscribiendo en la práctica: de la caza humana en Tasmania a los bombardeos aéreos sobre población civil, de la industrialización del asesinato en los campos de exterminio a la guerra por dron y las sanciones que asfixian poblaciones enteras. La pregunta que sostiene el recorrido es doble: ¿qué tipo de sujeto produce este régimen de miedo y huida permanente?, y ¿qué tipo de lenguaje queda disponible cuando la máquina que mata ya no se siente obligada a responder ante nadie?

En lo que sigue, la novela de Wells servirá como hilo conductor para una fenomenología del miedo y una genealogía del exterminio. No se tratará de una lectura filológica ni de una interpretación estrictamente literaria, sino de una apropiación epistémica: usar la ficción como prisma para pensar un mundo donde la violencia absoluta se ha normalizado y donde el silencio de la máquina (su saturación de muerte sin explicación) marca el ocaso de la palabra como mediación política y ética.

H.G. Wells y la fenomenología de la huida

En *La guerra de los mundos* (1898), H. G. Wells hace algo más que narrar una invasión extraterrestre: propone una ontología de la aniquilación y una fenomenología del miedo que anticipan, con precisión profética, la arquitectura afectiva de la violencia imperial y su proyección futura. Lo que está en juego no es la amenaza marciana como tal, sino la condición subjetiva del humano reducido a un resto biológico, un cuerpo expuesto a una violencia sin réplica. Ante la máquina marciana, el personaje humano no puede defenderse, ni hablar, ni razonar, ni esperar compasión: solo puede huir, y hacerlo no con la esperanza de hallar refugio, sino con el deseo mínimo y desesperado de no morir todavía.

Wells encuadra explícitamente su alegoría en la historia colonial (Parrinder, 2012; Smith, 1986). En las primeras páginas recuerda las violencias de la expansión europea y la destrucción de “razas inferiores”. Cuando menciona a los tasmanos, escribe que fueron “entirely swept out of existence” (Wells, 1898, p. 14) en un lapso de medio siglo. Esta frase, casi casual en su tono empírico, permite una lectura fenomenológica: el exterminio no se cuenta desde la perspectiva del que mata, sino desde la experiencia del que corre, del que no encuentra un punto fijo al que aferrar su existencia.

Así, cuando Wells pregunta si somos “apóstoles de la misericordia” (Wells, 1898, p. 14) para quejarnos de los marcianos, no está haciendo un

ejercicio retórico. Está proponiendo una inversión radical del punto de vista: ponernos del lado del tasmano, del perseguido, del que corre hacia ninguna parte. Y esa inversión es el impulso fenomenológico del texto: el lector debe sentir en su propio cuerpo la imposibilidad del diálogo, la asfixia, la disolución del tiempo, la suspensión del lenguaje.

La huida como experiencia ontológica

En la novela, el protagonista no lucha. No negocia. No formula estrategias. Todo su universo queda reducido a dos actos: ver y correr. Ver la devastación instantánea del “Heat-Ray”, “as if each man were suddenly turned to fire” (Wells, 1898, p. 41) y correr sin dirección fija, sin mapa, sin futuro. El sujeto de Wells no es un héroe. No es un soldado. No es un estratega. Es, ante todo, un cuerpo que corre. Su relato no describe batallas ni estrategias de resistencia, sino trayectos de huida cada vez más caóticos, fragmentarios, desquiciados. No hay combate posible: hay desintegración instantánea. Las multitudes huyen en estampida, empujándose, pisoteándose, sin plan ni dirección. No hay plan, no hay propósito, no hay destino. Hay solo una certeza: la muerte viene, y viene sin piedad, sin advertencia, sin diálogo. La huida, entonces, no es solo un movimiento físico, sino una experiencia ontológica de desarraigo absoluto. Ya no hay coordenadas, ya no hay lugares seguros, ya no hay tiempo para pensar. Solo correr; correr para no morir ahora.

Si tomamos en serio el prólogo tasmano, esta fenomenología es una reconstrucción imaginada de lo que implica ser objeto de una guerra de exterminio (Madley, 2017; Ryan, 2010). Wells ficcionaliza ese mundo desde el otro lado del cañón: pone al lector inglés en la posición del tasmano. El “cuerpo que corre” de la novela (ese cuerpo sin derechos, sin refugio, sin garantías) es la inversión del punto de vista imperial. La huida, en este contexto, se convierte en un paradigma epistémico. Nos habla de la condición límite del ser ante una violencia que lo excede absolutamente. La huida de Wells no es la de un soldado derrotado, ni la de un criminal perseguido. Es la de una criatura desnuda de derechos, de recursos, de voz. Es, literalmente, la huida del ser humano ante su extinción sin sentido. Una huida que recuerda, con horror, lo que debieron sentir los pueblos aborígenes perseguidos por el imperio, lo que vivieron los judíos bajo el nazismo, lo que sienten hoy los habitantes de Gaza bajo los bombardeos, los migrantes ante las fronteras militarizadas, los pueblos sancionados que no pueden escapar del cerco económico que los asfixia.

Esa huida no es un comportamiento; es una ontología. Huir se convierte en la forma misma de existir, en un estado permanente de desarraigo. El espacio se deshace, el tiempo se fractura, la identidad se reduce a pura motricidad refleja. El personaje ya no es ciudadano, ni pensador, ni sujeto moral: es un animal que escapa, un cuerpo que intenta alejarse de su propia extinción.

La fenomenología de la huida de Wells coincide con los testimonios históricos de quienes enfrentaron violencias sin mediación.

El “cuerpo que corre” como figura de la modernidad tardía

Hay una imagen que se ha vuelto constante en la iconografía del presente: el cuerpo que corre. Lo vemos en videos filtrados, cámaras de seguridad, transmisiones de drones, teléfonos móviles: cuerpos huyendo de explosiones, de incursiones militares, de violencia policial, de derrumbes, de incendios provocados por misiles.

Ese cuerpo, despojado de biografía, reducido a gesto, es la actualización contemporánea del cuerpo wellsiano. Es el sujeto del siglo XXI.

El núcleo fenomenológico de *La guerra de los mundos* no es el combate, sino la huida. Los narradores y personajes no luchan contra los marcianos; huyen de ellos, sin fin, sin rumbo. Wells construye una subjetividad dominada por el terror: un cuerpo que corre no para llegar a algún lugar, sino simplemente para postergar la aniquilación. El espacio colapsa en peligro, y el tiempo se estira en un presente agónico de supervivencia. No se trata de suspenso narrativo. Es una reconstrucción deliberada de lo que Wells imagina que debieron sentir los aborígenes de Tasmania ante la masacre colonial implacable.

El pánico sin coordenadas, la desesperación sin resistencia, la ontología de la evasión: no son metáforas, son realidades fenomenológicas de la experiencia colonial. Wells, con todas sus limitaciones, construye un mapa del terror postcontacto desde abajo, desde la perspectiva del perseguido. Y esa fenomenología ya no es solo histórica. Es global. Define la experiencia de Gaza, donde civiles (niños, negociadores, médicos) son asesinados sin advertencia, sin juicio, sin lógica. No se reconocen banderas blancas. No se respetan treguas. No hay a dónde huir. Ninguna pared detiene al dron. Ningún edificio ofrece refugio. La lógica marciana, la del asesino absoluto, se ha convertido en doctrina imperial.

El cuerpo que corre es la figura global de la vida desprotegida. No huye hacia algo; huye de algo. Y lo que persigue no es un ejército, ni una ideología, ni siquiera una política: es la máquina, un ensamblaje de tecnologías, decisiones burocráticas, narrativas mediáticas y dispositivos militares que no requieren dar explicaciones. Segato (2003) lo expresa de otro modo: la violencia moderna opera como un lenguaje que marca, que clasifica, que fija en el cuerpo la jerarquía de la muerte. Ese lenguaje no necesita palabras: su gramática es la del impacto, la del fuego, la de la desintegración.

Huida sin promesa: ni justicia, ni retorno, ni memoria

Como señala Achille Mbembe (2003), la soberanía contemporánea ya no administra la vida, sino la capacidad de morir. La huida, antes un paréntesis hacia la supervivencia, se convierte en estado permanente. No hay retorno asegurado, ni tregua posible, ni horizonte de justicia.

Esto vuelve a Wells más actual que nunca: los humanos de la novela no huyen hacia Londres, ni hacia un centro político, ni hacia un refugio subterráneo. Huyen sin promesa. El mundo entero se ha vuelto inhabitable. En Gaza, testimonios recientes describen drones que siguen a personas específicas hasta sus casas, matando a familias enteras. En el Mediterráneo, miles mueren cada año sin nombre y sin tumba; sus cuerpos no son recuperados, sus historias no son narradas. En Haití, en Sudán, en el Darién, la huida se ha transformado en un modo de vida: la existencia como tránsito perpetuo hacia ninguna parte. Así, la fenomenología wellsiana de la huida ya no es ficción, ni alegoría, sino que es diagnóstico, descripción y archivo.

Genealogía de la aniquilación: de Tasmania a Gaza

Si se adopta la hipótesis epistémica propuesta en este estudio (que *La guerra de los mundos* funciona como condensación conceptual de un régimen de exterminio ya inaugurado por la modernidad imperial), entonces la pregunta central es: ¿cómo se despliega históricamente esa máquina que solo mata? No se trata de trazar una simple cronología de atrocidades, sino de identificar una matriz operacional común, un conjunto de procedimientos, tecnologías, discursos y afectos que reaparecen, con variaciones, a lo largo de dos siglos (Feldman, 1991). Esa matriz tiene hitos reconocibles: Tasmania, Guernica, Nankín, Hiroshima, Vietnam, Irak, Siria, el Mediterráneo, Gaza. Pero más importante aún, tiene una lógica, una gramática letal que ordena el mundo contemporáneo.

Tasmania: el origen de la máquina moderna

La fenomenología de la huida de Wells coincide con los testimonios históricos de quienes enfrentaron violencias sin mediación. El genocidio tasmano (1820-1830) no solo inaugura un patrón colonial: inaugura una tecnología de desaparición (Madley, 2017; Ryan, 2010). No era suficiente matar; había que borrar la existencia misma del pueblo aborígen, convertirlo en cifra, en nota al pie, en un pasado sin rostro. La “Black Line” de 1830 (esa cadena humana que pretendió barrer la isla desde un extremo hasta el otro) anticipa una pedagogía del exterminio que reaparecerá una y otra vez: delimitar un territorio, declarar que ciertos cuerpos sobran, y aplicar una violencia sin diálogo. Las masacres de Tasmania describen escenas en las que grupos aborígenes eran perseguidos con armas de fuego y perros en auténticas “cacerías humanas”, sin posibilidad de refugio o negociación. Los sobrevivientes hablaban de amaneceres en los que no había tiempo ni para despertar: ya se estaba corriendo (Madley, 2017; Ryan, 2010).

Wells entendió intuitivamente esta lógica cuando escribió que los tasmanos fueron “swept out of existence.” Ese verbo (*swept*) no implica solo muerte: implica limpieza, barrido, supresión física y semiótica. En Tasmania no se atacaba a enemigos militares; se eliminaba una forma de vida. No se conquistaba un territorio; se borraba un mundo. Esa es la matriz de la máquina.

Guernica: la invención del terror aéreo

Los bombardeos de Guernica (1937) se consideran el nacimiento de la guerra aérea moderna contra población civil (Irujo, 2015; Thomas, 2001; Solstein, 1999; Southworth, 1977). Pero desde la perspectiva de este trabajo, Guernica inaugura algo más específico: el exterminio desde arriba, la violencia vertical que transforma a la población en objetivo indiferenciado. La aviación alemana ensayó, como parte de la Legión Cóndor, tácticas destinadas no a destruir un blanco militar, sino a aniquilar cualquier forma de vida en un espacio urbano. Familias enteras corrieron hacia el campo abierto sin saber que la aviación alemana había diseñado la táctica de atacar dos veces: una para destruir, otra para matar a quienes huían. Un testimonio recogido décadas después conserva esa escena en primera persona como experiencia de huida pura:

Todos empezaron a escapar corriendo... mi prima Carmela y yo nos quedamos solas... con los aviones viniendo y arrojando bombas...

prácticamente nos arrastraron entre los maizales hacia el bosque, arrastrándonos, corriendo... el bombardeo comenzó y duró mucho, uno tras otro...” [“Everyone started escaping and running... my cousin Carmela and I stayed alone... with the planes coming and throwing the bombs... they practically dragged us... dragging us, running... The bombardment began... one after the other...”]. (Glesta, 2007, p. 11)

Esa misma estructura —la huida bajo un cielo que persigue— aparece también en la memoria local sistematizada en testimonios: “Mientras ella corría, los aviones lanzaban bombas y también ametrallaban” (Cava Mesa, Silvestre, & Arranz, 1996, p. 111).

Los testimonios de supervivientes (recogidos en archivos orales y memoriales locales) repiten el patrón que ya describía Wells: los cuerpos corren, pero no hay dirección válida. Las bombas caen sin patrón, los incendios bloquean calles, los aviones regresan para matar a quienes buscan huir. El espacio se colapsa; la ciudad deja de ser ciudad y se convierte en una trampa ardiente. Picasso cristalizó ese horror en una imagen, pero lo esencial está en la experiencia corporal: la gente corría sin horizonte, como si el suelo mismo hubiese dejado de ofrecer refugio. Ese es el núcleo fenomenológico de la máquina: correr sin sentido porque el mundo dejó de ser un lugar.

Nankín: la industrialización de la crueldad

Si Guernica es la pedagogía del terror aéreo, Nankín (1937–1938) es la puesta en marcha de una fábrica de la crueldad. Los relatos de la violación y masacre masiva de civiles, según consignan Chang (1997) y trabajos posteriores (Brook, 1999; Fogel, 2000), muestran otra cara de la máquina: la desindividuación total del enemigo, convertido en materia fungible sobre la cual experimentar formas de dolor. Las fotografías, diarios y declaraciones reconstruyen escenas que parecen calcadas de la máquina wellsiana: cuerpos corriendo hacia el río, siendo alcanzados antes de cruzar; filas de civiles ejecutados sistemáticamente; incendios usados no solo como arma, sino como espectáculo disciplinario.

Aquí la máquina no es tecnológica; es ética o, mejor dicho, anti-ética: un dispositivo de deshumanización que convierte la aniquilación en acto burocrático. La célebre competición entre oficiales japoneses por ver quién decapitaba más prisioneros (documentada en la prensa japonesa de la

época) es la forma extrema de la lógica que Wells anticipa: matar como procedimiento, no como pasión.

Hiroshima: la disolución del mundo

Hiroshima (1945) representa la mutación definitiva de la máquina: ya no extermina cuerpos; extermina el tiempo. La bomba atómica no solo mata; detiene la historia en una fracción de segundo (Lifton, 1968). Hersey (1946) describe la experiencia de los supervivientes como una ruptura ontológica: “No había ruido de aviones. Era una mañana tranquila [...] Entonces cortó el cielo un resplandor tremendo” y, después, “Se había levantado una nube de polvo tal que había una especie de crepúsculo alrededor” (Hersey, 2009 [1946], pp. 14-15). No hubo posibilidad de huida; la explosión anuló el instante mismo en que podría haber comenzado la carrera.

Si Tasmania es la caza, Guernica es el bombardeo y Nankín es la fábrica de crueldad, Hiroshima es la anulación total: la máquina que solo mata ahora destruye incluso la noción de mundo. El tiempo después de la bomba es un tiempo sin lenguaje, sin categorías. La fenomenología wellsiana llega aquí a su límite: no hay cuerpo que corre; hay cuerpo que aparece después, sin comprender.

Vietnam: el incendio del aire

La guerra de Vietnam (1965–1975) marca otra inflexión: la guerra química como forma de aniquilar entornos enteros. El napalm, cuyo efecto icónico se fijó en la fotografía de Nick Ut (1972), produce una escena que vuelve a articular la figura wellsiana: cuerpos corriendo envueltos en fuego, espacio que se vuelve irrespirable, tiempo que se derrite. La niña Kim Phúc, quemada viva, corriendo hacia la cámara, es el símbolo del cuerpo que huye sin entender por qué el mundo arde. No huye de un soldado, ni de un ejército, sino de un elemento: el aire incendiado. La máquina ya no es un artefacto; es una atmósfera hostil creada por decisiones geoestratégicas. Vietnam conecta la genealogía del exterminio con la forma contemporánea de la guerra tóxica, de la destrucción de ecosistemas como táctica militar (Appy, 1993; Ut y Larm, 2021). La máquina que solo mata ahora reorganiza la materia misma.

El Mediterráneo: necromar

Achille Mbembe (2003) ha descrito la necropolítica como la administración diferencial de la muerte. Si se extiende su noción al espacio marítimo, se

obtiene lo que varios autores han llamado un “necro-mar”: un mar convertido en dispositivo de selección y descarte (Andersson, 2014; De León, 2015; Pallister-Wilkins, 2022). Migrantes que huyen de guerras o colapsos económicos se encuentran ante un mar que no es vía de escape, sino borde letal: quienes cruzan a veces son rescatados, a veces son devueltos, a veces simplemente desaparecen. Aquí la máquina que mata no tiene forma marciana, ni aérea, ni química: es administrativa. Opera mediante guardacostas, políticas de “contención”, acuerdos entre estados, omisiones deliberadas. Es un exterminio por indiferencia. Se muere porque nadie mira; porque nadie está obligado a mirar.

Gaza: la actualización total de la máquina

Gaza es el punto más reciente (y más estremecedor) de esta genealogía. No se trata simplemente de un conflicto bélico, sino de un laboratorio global de exterminio en tiempo real. Drones, misiles guiados, inteligencia artificial que selecciona objetivos, algoritmos que estiman “daño colateral aceptable”, cortes sistemáticos de agua, electricidad y alimentos: cada dimensión de la vida se vuelve material militar. Los testimonios recopilados por organizaciones de derechos humanos describen escenas wellsianas en su forma más pura: cuerpos que corren entre edificios derrumbados, drones que siguen a individuos específicos, familias completas eliminadas en segundos, madres buscando entre escombros sin saber qué parte del cuerpo encuentran. Aquí la máquina que solo mata no es metáfora. Es literal. Es tecnológica. Es estadística. Y, sobre todo, no dialoga. No está obligada a responder. No acepta la palabra. Lo único que produce es silencio interrumpido por detonaciones.

La muerte sin interlocutor: el ocaso de la palabra y la impotencia del testigo

En *La guerra de los mundos*, el primer colapso no es militar, sino lingüístico. Los humanos intentan comunicarse con los marcianos mediante señales, banderas y gestos. La máquina responde con fuego. Donde el humano imagina un mínimo espacio para el intercambio, la máquina instaaura un régimen de silencio absoluto. Esa asimetría (un mundo donde la palabra no circula) adelanta una transformación profunda: la violencia moderna prescinde del lenguaje porque ya no necesita justificar sus actos.

En las guerras preindustriales, la palabra todavía operaba como mediación. Había emisarios, parlamentos, treguas, negociación de

prisioneros, incluso en plena agresión. Con la modernidad imperial, esa estructura se erosiona. Con la guerra aérea, desaparece. Y con el exterminio contemporáneo, la desaparición es completa.

Lo que este estudio sostiene es que Wells captó, antes que la teoría política, el surgimiento de una violencia sin interlocutor, donde ya no existe el otro como entidad discursiva. El enemigo no es alguien con quien se pueda hablar: es un resto biológico al que se administra la muerte.

El silencio como tecnología: de Tasmania a Hiroshima

En el caso tasmano, los registros coloniales muestran un patrón: los grupos aborígenes pedían establecer contacto, intentaban negociar entregas, proponían intercambios simbólicos. No hubo respuesta. El silencio fue la primera forma de exterminio. No hablar con ellos fue parte del mecanismo para declararlos inexistentes como sujetos políticos. Guernica introduce otra forma de silencio: el silencio vertical. Desde el aire no se oye a quien huye. La voz humana no alcanza a interpelar al avión. Se establece por primera vez una violencia sin contacto acústico, donde el agresor no escucha y el agredido no puede ser escuchado. Nankín radicaliza este efecto: la víctima grita, suplica, se arrodilla; pero el perpetrador opera dentro de un dispositivo en el que la súplica no tiene valor. El lenguaje se vuelve irrelevante, no porque la víctima carezca de palabras, sino porque el agresor ha sido formado para no reconocerlas como lenguaje. Hiroshima representa la culminación técnica de este proceso. La bomba anula el intercambio incluso como posibilidad imaginaria. No hay palabras antes ni después. La violencia ya no es un acto dirigido a alguien: es un efecto atmosférico, un fenómeno donde la categoría de interlocutor queda abolida.

La máquina no responde: drones, algoritmos, burocracias

La violencia contemporánea incorpora un nuevo elemento: la automatización de la decisión letal. El dron, que observa desde el cielo sin exponerse, encarna la figura wellsiana con exactitud: un artefacto que ve, selecciona y mata sin necesidad de contacto (Chamayou, 2015; Weizman, 2017). Su potencia radica en su indiferencia. Su capacidad letal depende de que nada pueda interpelarlo. La burocracia que administra sanciones económicas opera con la misma lógica: las poblaciones afectadas pueden reclamar, testimoniar, denunciar, pero la estructura que las condena a la asfixia material no está diseñada para responder, solo para ejecutar. Esa indiferencia institucional es una forma extendida de la máquina que solo

mata. Lo que confiere fuerza a la máquina no es su poder militar, sino su inmunidad discursiva. Puede matar sin escuchar. Puede destruir sin explicar. Puede extinguir sin nombrar.

El testigo impotente

El testigo ha sido históricamente una figura crucial de la ética moderna. En la tradición humanista, el testigo narra y, al narrar, reordena el mundo. Pero las escenas de la modernidad tardía muestran que el testigo ya no tiene el poder que antes se le atribuía. Las fotografías y testimonios circulan globalmente, pero no alteran el funcionamiento de la máquina. Las denuncias pueden alcanzar conmoción pública, pero el régimen que administra la muerte rara vez se modifica. La máquina sigue avanzando. Esto no significa que el testigo sea irrelevante. Significa que su potencia ha sido deliberadamente desactivada. La circulación masiva de testimonios crea una ilusión de agencia: se ve, se comparte, se comenta. Sin embargo, la estructura que decide quién puede vivir y quién debe morir permanece intacta. El testigo ya no interrumpe la violencia; se convierte en parte del paisaje informativo.

El silencio impuesto a las víctimas

En Gaza, Siria o el Mediterráneo, los testimonios más estremecedores provienen de personas que dicen: “no hay palabras para esto”. La imposibilidad del lenguaje no es solo efecto del trauma: es efecto de un mundo en el que el lenguaje ha perdido eficacia política. En el marco colonial, la palabra de las víctimas siempre ha sido devaluada. Pero lo que ocurre en el siglo XXI va más allá: la palabra desaparece como instrumento de sobrevivencia. Hablar no salva. Denunciar no detiene. Nombrar no transforma. Ese es el verdadero ocaso de la palabra: su desactivación como tecnología de protección.

La saturación del lenguaje: cuando todo se dice y nada cambia

Otra forma de silenciamiento opera de manera paradójica. Hoy vivimos en un exceso de lenguaje: informes, videos, transmisiones en vivo, archivos digitales, declaraciones de ONG, resoluciones internacionales. Se dice todo, todo el tiempo, pero ese exceso no produce cambio. Produce saturación. La máquina sigue matando porque el lenguaje ya no obstaculiza su avance, se limita a documentarlo. El efecto final es un doble silencio, un silencio por indiferencia (la máquina no responde) y un silencio por saturación (el

lenguaje se vuelve ruido incapaz de interpelar). Ambas formas recrean, en clave contemporánea, el silencio absoluto que Wells identifica en la relación marciano–humano.

La palabra como resto

El lenguaje, sin embargo, no desaparece por completo. Queda un resto. Queda la tentativa. Queda la escritura que no pretende interrumpir la máquina, sino evitar su victoria total: impedir que la muerte sea también borradura, impedir que el exterminio implique olvido. Este trabajo se sitúa en esa tradición mínima: la palabra como resistencia sin ilusión de eficacia inmediata. No para detener la máquina, sino para reconstruir el mundo que ella destruye. Para insistir en que hubo cuerpos, voces, historias, afectos. Para contradecir la narrativa del enemigo reducido a cifra. Toda escritura situada frente a la máquina cumple esta función: no salvar vidas, sino salvar mundos. Salvar el mundo que estuvo, aunque ya no pueda volver. Salvar los rostros, los nombres, los fragmentos de experiencia que la violencia quisiera borrar.

¿Qué queda de la palabra?

Queda un trabajo: nombrar lo que la máquina intenta desnombrar; narrar lo que la máquina convierte en dato; articular lo que la máquina dispersa en ruinas; archivar lo que la máquina declara inexistente. La palabra ya no es herramienta política directa; es archivo contra la extinción. Es el modo en que una colectividad preserva la memoria de lo que fue aniquilado sin explicación. Lo que Wells anticipó como ficción (una violencia sin lenguaje) es hoy un régimen global. Frente a él, la palabra no organiza la acción inmediata, pero mantiene abierto el espacio de lo humano, ese espacio mínimo en el que la experiencia puede aún ser narrada.

La máquina de muerte como régimen global

En La guerra de los mundos, H.G. Wells describe un mundo invadido por una máquina de muerte que no se detiene. Una máquina que no responde a estímulos morales, ni a ruegos, ni a argumentos. Simplemente mata. Sin explicación. Sin pausa. Sin justicia. Aquello que Wells presentó como una extrapolación de la lógica colonial (la experiencia aborígen de Tasmania como prefiguración) se ha convertido en el núcleo estructural del mundo contemporáneo. No como una metáfora, sino como una materialidad globalizada: la máquina ya no es un monstruo ficticio, sino una red

operacional sin rostro que aniquila sin interrupción y sin necesidad de justificarse.

La máquina ya está aquí

No hay evento, no hay invasión. La máquina ya está entre nosotros. No aterriza desde el espacio exterior, no irrumpe con un grito de guerra. Simplemente funciona. Está en las sanciones económicas que matan lentamente, en los drones que bombardean en silencio, en los sistemas de vigilancia que seleccionan objetivos, en los algoritmos que regulan qué vida es defendible y cuál puede desaparecer sin escándalo. La máquina ya no es metálica ni alienígena. Es institucional, burocrática, administrativa, automatizada.

Lo más inquietante es su naturalización. Su violencia ya no genera asombro. Ya no provoca alarma. Hemos aprendido a vivir con ella como parte del paisaje. Como si fuera normal que un dron elimine a una familia en un barrio cualquiera. Como si fuera comprensible que once pescadores aparezcan ejecutados en el Caribe sin que nadie ofrezca pruebas ni nombres. Como si fuera inevitable que se sancione a países enteros y se destruyan sus sistemas sanitarios sin que haya debate público. Lo monstruoso ha sido absorbido por la normalidad. La máquina no necesita gritar: mata en silencio, y lo hace mejor así.

El fin de la necesidad de justificación

Wells sugiere que los marcianos no tienen necesidad de explicar sus acciones. No porque sean monstruos, sino porque el abismo entre ellos y los humanos es tan grande que no hay lugar para el lenguaje compartido. La matanza no es un acto moral, ni político, ni estratégico: es una simple operación técnica. Y esta intuición es aterradora en el contexto contemporáneo. Porque hoy, ya no se necesita justificar la matanza. Basta con que un algoritmo la haya autorizado. Basta con que un Estado haya decidido que no vale la pena explicar nada. Basta con que los medios decidan que no es noticia.

La máquina de muerte ha alcanzado su fase más sofisticada: la de la opacidad legitimada. Ya no necesita convencer, porque ya nadie exige razones. Y quienes lo hacen —víctimas, testigos, defensores, periodistas, investigadores— son silenciados, ignorados o exterminados. En Gaza, por ejemplo, se asesina a negociadores, a niños, a médicos, a periodistas. Y no

se pide perdón. No se emiten comunicados. No hay explicación. Porque no se considera necesario. Porque no hay tribunal que importe, ni palabra que pese. La máquina opera en un mundo sin lenguaje.

La máquina es global

El paso más inquietante de nuestro tiempo no es solo que la máquina no necesita justificarse, sino que ya no tiene centro. La lógica de la aniquilación no pertenece a un Estado específico, ni a una ideología particular, ni a una fase histórica concreta. Es el régimen epistémico del sistema-mundo. Se mueve por alianzas, conveniencias, acuerdos entre potencias, dinámicas financieras, patrones tecnológicos. Y se aplica donde conviene, cuando conviene, sin anunciarse, sin discutirlo.

De Gaza a Haití, del Sahel a Venezuela, del mar Caribe a las fronteras europeas, la máquina opera. A veces con bombas, a veces con bloqueos, a veces con silencio. Y su fuerza reside precisamente en su dispersión: no tiene rostro, no tiene portavoz, no tiene capital fija. Es una malla de muerte, una red de exterminio sin forma unificada, pero con coherencia perfecta. Cada acto de aniquilación no justificado alimenta al siguiente. Cada silencio cómplice habilita un nuevo nivel de impunidad.

Las voces ya no importan

Lo más desgarrador de este régimen es la impotencia estructural de las voces. En otros tiempos, los crímenes masivos dejaban testigos, producían memorias, generaban archivos. Hoy, la voz se ha vaciado de eficacia. Quienes denuncian, quienes registran, quienes claman, lo hacen sin efecto estructural alguno. Las voces de las víctimas (y también de los testigos) flotan en una esfera donde la legitimidad ya no es necesaria para la violencia. Incluso cuando se prueba un crimen, no pasa nada. Incluso cuando se documenta el horror, no se detiene.

La imposibilidad de diálogo entre marcianos y humanos no es un efecto literario sino un régimen epistémico. Rivera Cusicanqui (2015) ha insistido en que las estructuras coloniales generan una “mirada unilateral” donde el otro no es un interlocutor sino un objeto calculado, clasificado y administrado. Lo que Wells imagina como incomunicación extraterrestre es, en realidad, la lógica profunda de todo orden colonial: un mundo donde la palabra del subalterno no tiene receptor.

Esta es, probablemente, la característica más radical de la máquina actual: aniquila sin ser interpelada. No porque nadie se atreva a interpellarla, sino porque ya no hay espacio donde esa interpelación tenga consecuencias. El lenguaje ha perdido fuerza. Las pruebas han perdido impacto. La moral ha perdido eficacia. Entramos en una época donde ni siquiera se requiere la excusa del desarrollo, la democracia o la libertad: la máquina ya no se disfraza. Solo mata.

Un nuevo régimen histórico

Todo esto nos lleva a reconocer que estamos ya en una nueva era de la historia humana. Una era que ni siquiera las peores distopías imaginaron. El recorrido es claro: de Tasmania a los campos de exterminio, del horror japonés en Nanking a los crímenes coloniales en Vietnam, de Abu Ghraib a los bombardeos de drones sin rostro. Pero lo que antes era excepcional, sistémico pero localizado, ahora es planetario y difuso. La máquina no necesita ser visible. Ni siquiera necesita estar en guerra. Opera en la sombra, pero con consentimiento estructural.

Ya no hay “momentos oscuros de la humanidad” separados de los claros. El horror es continuo, cotidiano, global. Y nadie está realmente a salvo. El Sur global lo vive de forma más cruda. Pero el Norte también: en sus cárceles, en sus calles militarizadas, en sus fronteras. El imperio, como anticipó Fanon, siempre regresa al centro. La máquina se entrena en las periferias, pero luego se despliega en todas partes.

Hacia un archivo del mundo que desaparece

Si la máquina que solo mata se caracteriza por no responder, por no escuchar, por no reconocer al otro como sujeto, entonces la pregunta final no puede centrarse en cómo detenerla (porque su fuerza deriva justamente de la desproporción absoluta), sino en cómo impedir que complete su último objetivo: borrar la existencia de quienes destruye.

El exterminio moderno no se limita a suprimir cuerpos. Intenta también suprimir mundos, sentidos, memorias, narrativas, silencios compartidos. El verdadero triunfo de la máquina no es la muerte física, sino la muerte del significado. Por eso, el único espacio que queda fuera de su alcance inmediato es el archivo entendido no como repositorio técnico, sino como acto ético de preservación de experiencia.

El archivo como contra-máquina

Un archivo, en clave política, no es una colección de documentos; es una forma de continuidad. Registra lo que la máquina desea que no exista. Conserva aquello que el poder letal declara irrelevante. En este sentido, el archivo funciona como dispositivo de desobediencia epistémica, pues se dedica a producir lo contrario del borramiento (Butler, 2016; Derrida, 1995; Hirsch, 2012; LaCapra, 2014). Puesto que la máquina no quiere dejar rastro de sus víctimas, el archivo existe para dejarlo.

En sociedades con tradición oral, esta función la cumplen los relatos comunitarios, los cantos, las genealogías. En contextos contemporáneos, la escritura, la fotografía, el testimonio digital y el registro judicial pueden asumir el mismo rol: mantener abierta una constelación de sentidos que la violencia quiere cerrar.

Duelo y presencia diferida

Una característica del exterminio en el siglo XXI es la imposibilidad material del duelo: cuerpos sin identificar, restos irreconocibles, entierros fragmentados, ausencias sin ceremonia. Es esto, precisamente, lo que confiere urgencia al archivo: el duelo necesita un soporte. Y cuando no hay cuerpo, el soporte es la narración.

El duelo no es una práctica sentimental. Es una forma de admitir públicamente que una vida existió, que esa existencia tuvo densidad, que su pérdida produce un vacío. El duelo otorga espesor humano a la memoria. Sin duelo, la muerte se vuelve un hecho administrativo; con duelo, se vuelve acontecimiento. El archivo es el medio a través del cual el duelo adquiere continuidad histórica. Una comunidad sin archivo es una comunidad cuya memoria puede ser reescrita por quien domina.

Resistir sin ilusión, escribir sin promesa

Una tentación recurrente es imaginar que la palabra puede detener la violencia. Este estudio ha mostrado que ese horizonte se ha vuelto inoperante: el lenguaje ya no controla el curso de la destrucción. Sin embargo, eso no invalida su función. Cambia su propósito.

La escritura deja de ser herramienta de acción inmediata y pasa a ser una práctica de resguardo. No actúa sobre la máquina; actúa sobre el tiempo. No modifica el presente; modifica la posteridad. No frena la violencia, pero evita que esta triunfe del todo, porque el exterminio total solo se consume cuando nadie puede narrarlo. Escribir sin promesa significa

asumir que el valor de la narración no se encuentra en su eficacia política inmediata, sino en lo que preserva para un futuro que aún no existe.

Archivar lo que no cabe en los sistemas del Estado

Los aparatos estatales, incluso en contextos democráticos, mantienen formas de registro que tienden a reducir la vida a categorías: nacionalidad, fecha, número, procedencia. Pero la vida que la máquina destruye no cabe en ningún formulario.

Por eso el archivo ético debe registrar lo que las categorías estatales no pueden: las microexperiencias del miedo; la percepción del tiempo durante la huida; los afectos suspendidos; las decisiones mínimas que mantienen la vida un segundo más; las pérdidas que no encuentran inscripción; los silencios que no se traducen en lenguaje administrativo. Este tipo de archivo no compite con el registro oficial; lo complementa desde otro orden: el orden del mundo vivido.

La palabra que preserva mundos

Cuando el lenguaje pierde eficacia política, su potencia se desplaza hacia otro plano: la preservación de mundos. No mundos abstractos, sino formas de vida concretas, relaciones, prácticas, sensibilidades, modos de estar con otros.

La escritura, entendida como archivo contra la destrucción, registra: lo que un cuerpo sintió mientras existía; lo que una comunidad recordó antes de desaparecer; lo que una familia habría querido transmitir; lo que un lugar significaba antes de volverse ruina. Esta forma de narración no es sentimentalismo; es una política del detalle. Resiste la abstracción homicida (esa que convierte poblaciones en “objetivos”) devolviéndoles densidad, textura, singularidad.

Pensar más allá de la restauración

No se trata de imaginar un futuro reconciliado, ni de proponer la restauración de un orden anterior. El archivo no promete retorno. Su función no es restituir lo perdido, sino impedir que se vuelva inexistente. Lo desaparecido no vuelve; pero puede permanecer. Lo destruido no se recompone; pero puede significar. Lo que ha sido aniquilado no se recupera; pero puede seguir hablando en otro registro. Ese es el trabajo ético del

archivo: hacer posible que aquello que la máquina quiso borrar sobreviva en forma de relato, memoria o huella.

Archivos mínimos: el gesto que resiste

A veces el archivo no es un documento extenso ni un testimonio completo. Puede ser una frase, una fotografía, un nombre, una fecha, un recuerdo fragmentario. Lo mínimo basta para interrumpir el proyecto de borradura. Lo mínimo basta para asegurar que hubo alguien. En este sentido, el archivo no exige heroicidad. Exige insistencia. Exige sostener, una y otra vez, esa mínima línea que separa el recuerdo del olvido.

La tarea que queda

Si la máquina que solo mata produce mundos inhabitables, la tarea pendiente es producir mundos legibles. No mundos sin violencia, sino mundos donde la violencia no borre del todo la experiencia humana. Ese trabajo tiene requisitos: una ética de la escucha, incluso cuando no haya nadie que escuche de vuelta; una metodología del detalle, para preservar lo que la destrucción uniformiza; una política del archivo, para asegurar que cada vida perdida quede inscrita; una escritura que no se rinda, incluso cuando no tenga audiencia inmediata. Lo que este trabajo propone no es esperanza, sino continuidad. No es redención, sino memoria. No es victoria, sino resistencia epistémica frente al intento de la máquina por borrar la experiencia humana.

Cerrar sin clausurar

Wells imaginó un mundo donde la palabra ya no podía interrumpir la muerte. Tenía razón. Pero no imaginó (no podía imaginar) que la palabra seguiría teniendo la capacidad de interrumpir el olvido. Ese es el punto final: no aspirar a detener la máquina, sino rechazar su proyecto totalizador. La escritura, el testimonio y el archivo no pueden salvar vidas, pero pueden salvar la existencia misma de las vidas que fueron destruidas. Mientras haya archivo, la máquina no habrá ganado del todo.

Conclusión

Este estudio partió de una hipótesis simple: *La guerra de los mundos* no es solo una obra de ficción, sino una condensación conceptual del régimen de exterminio inaugurado por la modernidad imperial. La figura del marciano (máquina que solo mata, que no dialoga, que no reconoce al otro) no

representa un futuro hipotético, sino una estructura que ya estaba en marcha cuando Wells escribió su novela y que, con mutaciones sucesivas, se ha generalizado en el presente.

La genealogía recorrida (desde Tasmania hasta escenarios contemporáneos) mostró que el rasgo decisivo de este régimen no es la magnitud de la violencia, sino la anulación del interlocutor. En distintas escalas, tecnologías y geografías, la máquina moderna opera al margen del lenguaje: no explica, no justifica, no escucha. La víctima puede hablar, testimoniar o suplicar, pero la estructura que administra la muerte no reconoce esas palabras como parte de un intercambio significativo. Este silenciamiento absoluto produce, a su vez, una degradación del testigo: su capacidad de interpelar se desvanece, su palabra circula sin transformar el curso de la destrucción.

Frente a esta clausura del lenguaje, el trabajo propuso una salida modesta pero indispensable: el archivo como contra-máquina. No un archivo institucional ni meramente documental, sino un archivo ético que preserve lo que la máquina intenta borrar: vidas, afectos, decisiones mínimas, experiencias corporales, memorias fragmentarias. La escritura, entendida de este modo, deja de ser herramienta de intervención política inmediata y pasa a ser una práctica de resguardo, una forma de continuidad frente al intento sistemático de desaparición.

No hay en este planteamiento una promesa de restauración ni un optimismo reparador. Lo perdido no vuelve. Lo destruido no se recompone. Pero aquello que la violencia quiso borrar puede permanecer, inscrito en un archivo que interrumpa la victoria total del exterminio. Lo que la máquina no puede anular es la posibilidad de que otros, en otro tiempo, lean, escuchen o reconstruyan los mundos que intentó suprimir.

Si el poder letal contemporáneo se manifiesta como una violencia sin interlocutor, entonces el archivo (la palabra que insiste, incluso sin audiencia) constituye la forma mínima de resistencia epistémica disponible. No detiene la muerte, pero impide el borramiento. Y en ese punto exacto, aunque sea débil, aunque sea tardío, comienza la política.

Referencias

- Andersson, R. (2014). *Illegality, Inc.: Clandestine Migration and the Business of Bordering Europe*. University of California Press.
- Appy, C. G. (1993). *Working-Class War: American Combat Soldiers and Vietnam*. University of North Carolina Press.
- Brook, T. (Ed.). (1999). *Documents on the Rape of Nanking*. University of Michigan Press.
- Butler, J. (2016). *Frames of war: When is life grievable?* Verso Books.
- Chamayou, G. (2015). *A Theory of the Drone*. The New Press.
- Chang, I. (1997). *The Rape of Nanking: The Forgotten Holocaust of World War II*. Basic Books.
- De León, J. (2015). *The Land of Open Graves: Living and Dying on the Migrant Trail*. University of California Press.
- Derrida, J. (1995). *Archive Fever: A Freudian Impression*. University of Chicago Press.
- Feldman, A. (1991). *Formations of Violence*. University of Chicago Press.
- Fogel, J. A. (Ed.). (2000). *The Nanjing Massacre in History and Historiography*. University of California Press.
- Glesta, A. (2007). *Gernika/Gernica. Desde el Cielo hasta el Fondo (Hell Castings from Heaven)*. White Box.
- Hersey, J. (2009). *Hiroshima* Trad. Juan Gabriel Vásquez. Random House Mondadori. (Obra original publicada en 1946).
- Hersey, J. (1946). *Hiroshima*. New Yorker.
- Hirsch, M. (2012). *The Generation of Postmemory: Writing and Visual Culture After the Holocaust*. Columbia University Press.
- Irujo, X. (2015). *Gernika, 1937: The Market Day Massacre*. University of Nevada Press.
- LaCapra, D. (2014). *Writing History, Writing Trauma*. Johns Hopkins University Press.
- Lifton, R. J. (1968). *Death in Life: Survivors of Hiroshima*. Random House.

- Madley, B. (2017). Patterns of frontier genocide 1803–1910: the Aboriginal Tasmanians, the Yuki of California, and the Herero of Namibia. En *Genocide and human rights* (pp. 205-230). Routledge.
- Mbembe, A. (2003). Necropolitics. *Public Culture*, 15(1), 11-40. <https://doi.org/10.1215/08992363-15-1-11>
- Mignolo, W. (2012). *Local Histories/Global Designs: Coloniality, Subaltern Knowledges, and Border Thinking*. Princeton University Press.
- Pallister-Wilkins, P. (2022). *Humanitarian borders: Unequal mobility and saving lives*. Verso Books.
- Parrinder, P. (2012). *H. G. Wells: The Critical Heritage*. Routledge.
- Quijano, A. (2000). Coloniality of power and Eurocentrism in Latin America. *International Sociology*, 15(2), 215-232. <https://doi.org/10.1177/0268580900015002005>
- Reynolds, H. (2001). *An indelible stain? The question of genocide in Australia's history*. University of Tasmania.
- Ryan, L. (2010). Settler massacres on the Port Phillip frontier, 1836–1851. *Journal of Australian Studies*, 34(3), 257-273. <https://doi.org/10.1080/14443058.2010.498091>.
- Segato, R. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia*. Universidad Nacional de Quilmes.
- Smith, D. C. (1986). *H. G. Wells: Desperately Mortal*. Yale University Press.
- Southworth, H. R. (1977). *Guernica! Guernica! A Study of Journalism, Diplomacy, Propaganda, and History*. University of California Press.
- Thomas, H. (2001). *The Spanish Civil War*. Modern Library.
- Ut, N., & Larm, D. (2021). *From Hell to Hollywood: The Kim Phúc Story*. HarperCollins.
- Weizman, E. (2017). *Forensic Architecture: Violence at the Threshold of Detectability*. Zone Books.
- Wells, H. G. (1898). *The War of the Worlds*. Bernhard Tauchnitz.

REVISTA STVLTIFERA

DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

VOLUMEN 9, NÚMERO 1, PRIMER SEMESTRE DEL 2026
ISSN 0719-983X

Editorial: Nuevamente, política y crimen

Juan Antonio González de Requena Farré

La máquina que solo mata: epistemología del miedo, normalización del exterminio y el ocaso de la palabra

Francisco Tiapa

Más allá de la nostalgia trumpista: algunas reflexiones sobre las bases mitológicas del discurso político antiinmigrante en el populismo reaccionario estadounidense

Gerardo Vélez Argueta

Nihilismo, valores y política. Wendy Brown, lectora de *Política como vocación* de Max Weber

Nicolás Fraile

***La república* como novela: delirio y ficción en la utopía platónica**

Jorge Polanco

***La ciudad de Gonzalo Millán* como procedimiento técnico**

David Bustos

Estética negra e intervención cultural en la revista *Mandrágora*

Jonathan Salas Yañez